

# La educación de un geógrafo

Carl O. Sauer

[www.colorado.edu/geography/giw](http://www.colorado.edu/geography/giw)

Discurso ofrecido por el Presidente Honorario en la 52ª Reunión de la Asociación Norteamericana de Geógrafos, Montreal, Canadá, abril 4 de 1956

Traducción y presentación de Guillermo Castro H., [mimu@sinfo.net](mailto:mimu@sinfo.net)

La historia ambiental, que se ocupa de las interacciones entre los humanos y su entorno natural a lo largo del tiempo – y de sus consecuencias para ambos – guarda una estrecha relación con la geografía en general, y con la geografía histórica en particular. Esa relación no se limita a las conexiones externas entre campos de trabajo distintos. Además, y sobre todo, se nutre de un mismo interés por comprender el lugar que ocupa la especie humana en el mundo natural, planteado, me atrevería a agregar, desde una perspectiva que no teme – como dice en este ensayo Carl O. Sauer – “cruzar el umbral de los juicios de valor”. Ese vínculo tiene otra raíz común. La historia ambiental, en efecto, renueva y amplía hoy aquella actitud crítica ante las consecuencias indeseables de la intervención humana en los ecosistemas del planeta que recorrió la cultura Occidental en la segunda mitad del siglo XIX, en lo que va de la obra de Darwin a la de George Perkins Marsh, Federico Engels y José Martí. Esa preocupación pareció desvanecerse en la primera mitad del siglo XX, al calor de una combinación de hechos que iban desde el desarrollo de nuevas fuentes de energía – el petróleo, en particular – hasta la enorme eficiencia alcanzada en la explotación de los recursos naturales de todos los ecosistemas del planeta. Esos hechos, como sabemos, condujeron a la crisis que hoy enfrenta nuestra especie en sus relaciones con el mundo natural, y que nutre la nueva lectura de nuestro pasado y nuestro futuro que propone la historia ambiental. Sabemos menos sin embargo acerca de quienes, como Sauer, mantuvieron vivas aquellas preocupaciones, y sirvieron de puente entre aquel momento de la historia de nuestra cultura ambiental, y el que vivimos hoy. Saber puede decirnos mucho, también, sobre la importancia del diálogo y la colaboración entre disciplinas distintas para el desarrollo de las ideas y el conocimiento. Refiriéndose a su propio campo, celebró siempre que estuviera abierto a todas las profesiones que compartieran una preocupación común por el lugar de los humanos en el mundo natural: “una asociación de mentes, dijo, no está determinada por un comité de credenciales”. Sabías palabras entonces, y sabías hoy, como lo demuestra el texto que les entregamos, aún sin equivalente en nuestro propio campo.

GCH, Panamá, agosto de 2004

## **Sobre la inclinación original y la predilección temprana**

Como profesionales, lo único que declaramos es que tenemos el privilegio de dedicarnos al campo de la geografía. Ese campo no fue descubierto por nosotros ni por nuestros predecesores académicos, ni es probable que sea atendido de manera adecuada si se piensa que debe estar restringido a quienes reclaman tal privilegio y competencia en virtud de nombramiento y título. El primer profesor de geografía del mundo fue designado en 1820; yo pertenezco a la parte temprana de la segunda generación en los Estados Unidos. Nosotros, los de la sucesión investida, debemos recordar en todo momento que apenas somos una pequeña parte de aquellos que han contribuido al crecimiento del conocimiento geográfico. El interés es inmemorial y universal; si llegáramos a desaparecer, el campo permanecería, y no quedaría vacante. No deberíamos establecer distinciones envidiosas entre profesionales y aficionados. Ambos son necesarios en su entusiasmo y en su contribución al conocimiento geográfico. Aquí está colofón: una asociación de mentes no está determinada por un comité de credenciales.

El geógrafo nace, en parte, y en parte es formado por su primer ambiente, y llega más bien tarde a nuestro cuidado profesional. También somos oficiales de reclutamiento, y necesitamos reconocer la buena materia prima. Sospecho que tenemos algo más que dificultades comunes como cazadores de talentos. ¿Cuán común es una aspiración a convertirse que se origina en la infancia? No se trata de un interés que se exprese temprano, o que sea admitido entre los amigos – o ante uno mismo – en la edad escolar. En la universidad, sabemos bien que una disposición abierta y constante por tomar cursos de geografía (así como el éxito en obtener buenas calificaciones) es un indicio indiferente de promesa futura. El estudiante puede estar engañado por sus contactos y su entorno temporales, como puede el atractivo de un profesor. Cuando se vea lejos de tales estímulos, puede sumirse en la inacción, y al cabo de un tiempo ya no se oirá hablar de él. ¿Cómo podemos descubrir aptitud, interés emergente, y la promesa de proseguir con un desarrollo independiente? Esta es nuestra primera preocupación. Si seleccionamos bien, la mitad de nuestro problema está resuelto.

No quisiera dar la impresión de que subestimo el valor de una gran escuela, pero permítasenos no sobrestimarlos. Quienes compartieron aquellos días dorados en Chicago conocen el espíritu entusiasta del grupo que Salisbury reunió. Salisbury tenía una gran claridad de exposición y la capacidad de desarrollar un tema mediante preguntas rigurosas, pero lo que recuerdo con mayor aprecio de él era que respetaba la curiosidad y la duda de parte del estudiante. Le gustaba un cuestionador informado. Hettner, Philipson, Fleure serán recordados como instructores magistrales; de sus escuelas ha provenído un número considerable de nuestros colegas europeos. Sus alumnos fueron convocados de distintas direcciones, y de esa manera también continuaron su desarrollo, y no fueron moldeados bajo un único entrenamiento como estudiantes.

Lo que se aprende en clase puede ser olvidado, pero lo que se recuerda es el estímulo que resulta de la asociación con personas relacionadas entre sí, pero de personalidades e intereses variados. El atractivo del período estudiantil debería ser mayor que la disciplina. No me gustaría pensar de nadie como el producto de una escuela en particular, sino por haber sido descubierto y cultivado en el momento correcto por buenos jardineros. Y esto nos lleva de nuevo a las jóvenes plantas que podrían florecer bajo nuestro cuidado, o podrían hacerlo sin él.

No somos un grupo precoz, ni deberíamos aspirar a serlo. Es poco probable que empecemos temprano, y necesitamos un largo tiempo para madurar. Nuestra tarea es una de lenta acumulación de conocimiento, experiencia y juicio; las técnicas y procesos formales de análisis y generalización están subordinados. No nos tornamos competentes con rapidez, ni por el aprendizaje de alguna habilidad en particular. Estamos sujetos a cambios de foco en la medida en que aprendemos más acerca de aquello en lo que estemos trabajando. El comienzo de la labor sobre un tema puede llevarnos a otro diferente. Puede resultar frustrante o excitante, de acuerdo a la naturaleza de cada cual, descubrir que la senda por la que uno esperaba llegar a cierto punto termine por llevarlo en direcciones inesperadas. Una de nuestras cualidades distintivas parece ser la de que siempre necesitamos más la disposición a aprender lo que resulte relevante, que perfeccionarnos a nosotros mismos mediante el entrenamiento y métodos específicos.

Resulta apropiado, por tanto, que hayamos sido reticentes a aceptar una disciplina formal de orden general, que en nuestros ánimos más confiados nos imaginemos con el poder de explorar en muchas direcciones, y que admitamos a nuestro grupo temperamentos diferentes e intereses diversos. Siempre ha sido característico que confluyeran entre nosotros individuos de múltiples procedencias, con algún denominador común. Que nuestros departamentos e institutos se hayan multiplicado en los últimos años no ha alterado nuestros orígenes plurales, ni lo hará, espero.

Creo que está en nuestra naturaleza el ser una población heteroziga. A pesar de la línea de descendencia que ahora está disponible mediante una extensa serie de cursos en geografía, que abarca desde el primer año de la licenciatura hasta el doctorado, aún obtenemos mucha de nuestra mejor sangre de aquellos que vienen de otros grupos y antecedentes académicos. Estos se nos unen no porque hayan sido inadecuados en sus compromisos anteriores, sino les toma tiempo descubrir su lugar a nuestro lado. En torno a este tema de convergencia de individuos provenientes de diferentes orígenes y condiciones se podría escribir una reveladora historia de los geógrafos y el pensamiento geográfico.

¿Es posible reconocer una inclinación temprana hacia la geografía antes de que se afirme en una elección consciente? El primer rasgo – y permítaseme decir, el más primitivo y persistente – consiste en el gusto por los mapas y por pensar a partir de ellos. Nos encontramos

con las manos vacías sin ellos en nuestro salón de clase, en el estudio, en el campo. Muéstrenme un geógrafo que no los necesite y desee tenerlos a mano constantemente, y tendré mis dudas sobre si habrá escogido la vida adecuada. Exprimimos nuestros presupuestos para conseguir más mapas, de todo tipo. Los coleccionamos, sea de estaciones de gasolina, sea de tiendas de antigüedades. Los dibujamos, por mal que sea, para ilustrar nuestras lecciones y nuestros estudios. Por poco que sea lo que un miembro de su institución sepa acerca de lo que usted hace como geógrafo, si necesita información sobre mapas acudirá a usted. Si ocurre que los geógrafos se encuentren en un lugar donde haya mapas en exhibición (e importa poco de qué mapas se trate), los comentarán, los elogiarán, los criticarán. Los mapas acaban con nuestras inhibiciones, estimulan nuestras glándulas, encienden nuestra imaginación, aflojan nuestras lenguas. El mapa habla a través de las barreras del lenguaje; a veces es aclamado como el lenguaje de la geografía. La transmisión de ideas mediante mapas se nos atribuye como nuestra común vocación y pasión. Aun en los períodos más fundamentalistas de esta Asociación, quienes se dedicaban a los mapas pudieron incorporarse a ella.

Un mapa incita tanto la atención sinóptica como la analítica: ¿qué clase de camino está señalado; a través de qué clase de terreno corre ese camino? Sus símbolos son traducidos en imágenes y éstas son organizadas mentalmente en asociaciones significantes de tierra y vida. Los utilizamos de hecho como guías, y los disfrutamos en nuestros viajes de sillón. ¿Quién no ha viajado por mapa al Tíbet o al Tibet, escalado los picos de Tenerife o de Trinidad por el horizonte Occidental, o buscado el Paso del Noroeste? ¿Quién no ha acompañado a Marco Polo a Cathay, al capitán Cook a las islas Sándwich, o a Parkman por el sendero de Oregón? ¿Quién lee ficción por la trama, el suspenso o el conflicto psicológico, o para ser transportado a costas tropicales con Stevenson o Kenneth Roberts, a la India con Kipling o Masters, a conocer Florida con Marjorie Rawlings, o Nueva Inglaterra con Esther Forbes?

El geógrafo, y el candidato a geógrafo, son viajeros, por delegación cuando deben, en persona cuando pueden. No son la clase de turistas que se dejan dirigir por guías impresas por las rutas de los grandes recorridos que conducen a las atracciones famosas, ni se alojan en los grandes hoteles. Cuando toman vacaciones, pueden pasar de largo por los lugares que se supone que uno debe conocer, o buscar caminos laterales y lugares desconocidos donde obtienen el sentimiento del descubrimiento personal. Disfrutan saliendo a caminar lejos de las carreteras, y les gusta acampar al final del día. Aun el geógrafo urbano puede albergar la necesidad de escalar montañas deshabitadas.

La inclinación por la geografía descansa en ver lo que está en el paisaje, y en pensar en ello: en lo que ha sido llamado en términos técnicos el contenido de la superficie terrestre. Esto no nos limita a lo que es visiblemente evidente, sino que intentamos observar tanto el detalle como la composición general de la escena, encontrando en esa actividad preguntas, confirmaciones, asuntos, o elementos que son nuevos, o aquellos que faltan. Este llamado a la alerta mental mediante la observación de lo que compone la escena puede derivar de un rasgo primitivo de sobrevivencia, cuando tal atención significaba evitar el peligro, la necesidad, el extravío. En mis días de trabajo de campo en áreas apartadas de México, aprendía a aceptar con confianza la competencia de los guías nativos en materia de geografía y de historia natural. Ellos sabían cómo interpretar la disposición del terreno, cómo mantener un mapa mental, cómo notar casi cualquier cambio en la escena. Por lo general, eran capaces de identificar las plantas, y de realizar agrupamientos sistemáticos y asociaciones ecológicas.

La geografía y la historia natural, en efecto, se relacionan por su forma de observación. Mucho de lo que ambas identifican y comparan se ubica por fuera del análisis cuantitativo.

Las especies no son reconocidas mediante mediciones, sino por el juicio de aquellos que tienen experiencia acerca de sus diferencias significantes. Una aptitud innata para percibir las diferencias y las similitudes se une a una curiosidad dispuesta y a la reflexión sobre las afinidades y las desafinidades. Confío en la existencia de un “ojo morfológico”, una atención espontánea y crítica a la forma y los patrones. Todo buen naturalista lo tiene, y muchos de ellos también son muy buenos en la identificación y la comparación geográficas.

El término “morfología” vino a designar el estudio de las formas de la tierra hace un siglo: está profundamente asociado a nuestro ser. Trabajamos en el reconocimiento y la comprensión de elementos de forma, y de sus relaciones de función. Nuestras formas y sus arreglos son de tal manera macroscópicas y tan infinitamente numerosas, que siempre tenemos que aprender cómo seleccionar las cosas relevantes y desechar las insignificantes. La relevancia plantea el problema de por qué la forma está presente, y cuál es su relación con otras formas. La descripción rara vez resulta adecuada y menos aun gratificante, a menos que esté vinculada a la explicación. Parece necesario, por tanto, admitir en la inclinación geográfica la cuarta dimensión del tiempo, el interés en saber cómo llegó a ser lo que es aquello que está siendo estudiado.

Algunos de nosotros tenemos este sentido de forma significativa, algunos lo desarrollan (en cuyo caso, asumo que estaba latente), y algunos nunca lo obtienen. Existen aquellos que entran rápidamente en alerta cuando algo nuevo ingresa en el campo de observación, o desaparece de éste. Una de las recompensas de estar en el campo con estudiantes consiste en descubrir a los que son rápidos y agudos en la observación. Y también están aquellos que nunca ven nada, a menos que se les señale. Si la geografía es una ciencia de observación, éste es el momento de empezar el reclutamiento. La premisa, aquí, consiste en que construimos a partir de cosas vistas y analizadas, así sea provisionalmente, para llegar a una comparación con datos provenientes de otra parte, de alguien más, o inferidos por necesidad de un pasado que no podemos observar.

### **Acerca de no estar especializado**

La geografía, en tanto que descripción explicativa de la Tierra, fija su atención en una diversidad de rasgos terrestres y los compara en su distribución. De algún modo, se trata siempre de una lectura de la faz de la Tierra. Nosotros, los profesionales, no existimos porque hayamos descubierto una línea de indagación o incluso porque poseamos una técnica especial, sino porque los hombres siempre han necesitado, acopiado y clasificado el conocimiento geográfico. Los nombres que aplicamos como profesionales a los asuntos y a las formas que identificamos y quizás incluso a los procesos que estudiamos, se derivan por lo general y con propiedad de múltiples fuentes vernáculas. Lo que hacemos es organizarlos en un vocabulario de inteligibilidad más amplia y más clara. A menudo, los lenguajes de los pueblos primitivos y los dialectos de nuestra propia cultura nos proporcionan términos de mayor riqueza de significado que el discurso literario. Un ejemplo familiar se encuentra en el significado de la tierra, la vegetación y las formas culturales, para el cual tomamos préstamos del habla local, y extendemos su aplicación a otras áreas.

Además de otorgar nombres a categorías geográficas, tanto físicas como culturales, a partir del habla popular, añadimos conocimiento retrospectivo de las condiciones del pasado mediante el estudio de los nombres propiamente geográficos. [Nota al margen: El vocabulario geográfico tópico y local de los lenguajes es un sustrato de aprendizaje que aún espera ser explotado, tanto para la identificación de las clases de nuestros fenómenos, como para el

examen cultural comparativo. Una reverencia, por tanto, para el colega Burrill, y otra para la recién fundada Sociedad Norteamericana del Nombre.]

En este sermón, como se suele hacer en un sermón, regreso a la afirmación inicial de que el contenido, las relaciones, los procesos geográficos – en suma, la conciencia geográfica – son, por razón y por necesidad, más amplios que aquello en que trabajamos nosotros, los profesores de geografía. Más allá de – y en torno a – aquello que estudiamos hoy, existe un área de interés de identificaciones y conceptos que no intentamos apropiarnos para nuestro uso exclusivo. El tema es y será mayor que la suma de nuestros esfuerzos disciplinares. Reclamamos una obligación superior a contribuir en todas las formas a nuestro alcance, pero no afirmamos tener derechos o competencia prioritarios que se deriven únicamente de nuestra profesión. La Asociación Norteamericana de Geógrafos fue iniciada y conducida a lo largo de sus primeros años por aquel grupo notable de fundadores que se reunían en virtud de su aprecio por el tema, aunque sus empleos profesionales estuvieran en otros campos, en la geología, la biología, la historia. Aquellos fueron días muy buenos, seguidos por un período de asociación restrictiva, cuando aquellos que tenían empleos en la geografía fueron escogidos por encima de los que aportaban ideas y observaciones. Felizmente, este período parece ser cosa del pasado y nuevamente estamos ampliando el ámbito de nuestra membresía.

Si encogemos los límites de la geografía, el campo más amplio seguirá existiendo, y lo único que habrá disminuido será nuestra conciencia. Aunque el individuo limite sus propios esfuerzos, no puede exigir de otros una limitación equivalente, ni negar su aprobación a los esfuerzos que se encaminan en una dirección distinta. Geógrafo es cualquier aficionado – en el sentido literal del término – que sea competente en aquello que sea geográfico; ojalá que nunca aspiremos a ser menos que esto.

Un método particular de analizar información es conocido entre los académicos como el método geográfico, basado en el mapeo de los límites o del alcance de fenómenos, rasgos o tendencias que tienen una distribución localizada en la tierra. El mapeo de distribuciones fue iniciado por los historiadores naturales, que se interesan en los límites de las especies y, por tanto, en la difusión o dispersión de organismos en las áreas extremas de sus campos. Esta descripción cartográfica siempre es tópica y analítica: ¿Qué cualidades de ambiente, rutas de dispersión, tiempo transcurrido e interdependencia o competencia definen los límites más allá de los cuales no aparece un determinado animal o planta? Un siglo y cuarto atrás, Berghaus amplió ese mapeo tópico para incluir, además de información biótica y fisiográfica, datos culturales relacionados con los pueblos, las economías y los lenguajes. Ratzel examinó la distribución de rasgos culturales, como los de la tecnología primitiva, y fue responsable en una importante medida por la atención que desde entonces le dedican los etnólogos a la dispersión o difusión de aprendizajes o habilidades específicos.

Estos estudios de distribución ofrecen un arte de detección tan arduo como gratificante. Son geográficamente descriptivos porque se ocupan de la extensión territorial; son geográficamente analíticos porque exigen una identificación adecuada de los objetos bajo estudio, y de la comparación con otras distribuciones; son geográficamente dinámicos porque buscan pistas a partir de la distribución que ayuden a explicar las ausencias y presencias, los orígenes y los límites. La distribución es la clave del proceso. Las satisfacciones intelectuales que se derivan de estas indagaciones son inagotables. Seguirán siendo llevadas a cabo por trabajadores de muchas disciplinas, de las que podemos obtener conocimiento, pero en las que también debemos participar mucho más.

No es necesario ni deseable que consideremos la totalidad de la región como la base común de estudio geográfico. El interés y la capacidad del individuo se inician con elementos específicos de naturaleza y de cultura, y con el significado de sus relaciones espaciales, y allí pueden mantenerse. Si decimos que nuestro trabajo consiste únicamente en sintetizar, probablemente terminaremos por depender de otros, en todos los terrenos, para validar lo que ensamblamos e interpretamos.

Si bien el método distributivo así llamado geográfico se utilizó con habilidad y penetración por otros, también el más gratificante para nuestros propósitos. A título individual, debemos intentar y aspirar a adquirir competencia en el mayor o mejor aprendizaje acerca de la distribución de alguna cosa o grupo de cosas. No acepto la idea de que cualquiera puede hacer la geografía de una región, o hacer geografía comparativa, cuando sabe menos que otros acerca de lo que organiza, del mismo modo que no acepto la noción de que cada geógrafo debe ocuparse de la síntesis regional. La mal llamada doctrina holística me deja indiferente: ha producido compilaciones allí donde necesitábamos indagaciones. No busco aconsejar la desesperanza: más bien, deseo decir que la geografía, al igual que la historia, se resiste a cualquier organización general de intereses, direcciones o habilidades, sin perder por ello la posición reconocida de su propio tipo de conocimiento, y de procesos válidos de descubrimiento y organización. En una época de notable incremento del conocimiento y las técnicas, permanecemos en una dimensión no delimitada y, podría añadir, no reducida a una disciplina específica. Esto, pienso, es nuestra naturaleza y nuestro destino, nuestra debilidad actual y nuestra fortaleza potencial.

De manera apropiada seguimos siendo, como he dicho que siempre lo hemos sido, un conjunto muy diverso de individuos, que difícilmente podría ser descrito en términos del predominio de cualquier tipo de aptitud o temperamento, facultad mental o inclinación emocional, y aun así sabemos que nos hemos agrupado por una afinidad electiva. Describir un geógrafo es tan difícil como definir a la geografía, y en ambos casos me siento contento y esperanzado. Con todo lo que nos falta por lograr, existen motivos de satisfacción en saber que no tenemos realmente limitaciones en cuanto a indagación, teoría o pensamiento sobre nuestros asociados. De tiempo en tiempo se producen intentos en sentido contrario, pero nos los sacudimos de encima después de un rato, y seguimos haciendo lo que realmente deseamos hacer. Existen presiones institucionales y curriculares, pero estas no son directivas intelectuales. Uno de los más capaces administradores universitarios ha dicho que cualquier departamento es, sobre todo, un arreglo presupuestario de conveniencia.

Parece apropiado, por tanto, subrayar la cualidad no especializada de la geografía. El trabajador individual debe intentar obtener todo lo que pueda de intuiciones y habilidades especiales en aquello que concentre su atención. Nuestros intereses de conjunto, sin embargo, no recetan la dirección individual. Tenemos un estatuto privilegiado que no debemos abandonar. A solas o en grupos, intentamos explorar la diferenciación y la interrelación de los aspectos de la Tierra. Damos la bienvenida a todo trabajo que sea competente, proveniente de cualquier fuente, y no reclamamos derechos de propiedad. A lo largo de la historia de la vida, las formas menos especializadas han tendido a sobrevivir y florecer, mientras los tipos funcionalmente auto-limitados se han convertido en fósiles. Quizás existe sentido para nosotros en esta analogía, en el hecho de que tantas clases de mentalidades e inclinaciones encuentren una asociación congenial y gratificante, y desarrollen habilidades y conocimiento individuales. Prosperamos en la fertilización cruzada y en la diversidad.

## **El período de entrenamiento**

Tenemos diferentes maneras de seleccionar y condicionar los prospectos durante el período de entrenamiento. Los comentarios que aquí se ofrecen son los de un entrenador de larga experiencia que ha visto a muchos transitar desde las prácticas de primavera hasta el desempeño de mediana estación.

En primer lugar, dudo que las especializaciones a nivel de Licenciatura en geografía deban ser recomendadas a quienes aspiren a continuar como estudiantes de posgrado. Mientras más grande se haga el programa de especialización y mayor sea el número de requisitos que se le asignen, menor será la posibilidad de que siga siendo una educación liberal debidamente balanceada, y menor será la posibilidad de que el estudiante se desempeñe en áreas de conocimiento que necesita para su educación individual. Nosotros también hemos sido arrastrados por la tendencia a la especialización que está estrechando el proceso de educación superior casi en todas partes de nuestra ribera del Atlántico, y empuja a los Departamentos académicos hacia orientaciones aplicadas y técnicas.

Etiquetar a los principiantes los arrea prematuramente hacia una profesión. Esas facilidades de identificación y avance le gustan a quienes llevan los registros y otros administradores. Estamos atrapados porque los Departamentos dependen de presupuestos, matrículas y otros tipos de números que tienen poca relevancia para los propósitos del aprendizaje. Para nosotros, una buena dieta de pregrado sería un número muy restringido de cursos de geografía (restringidos en particular en lo que hace a los de tipo regional), enriquecida en los fundamentos de las Humanidades, y sobre todo en historia natural y cultural. Un gran currículo departamental es probablemente un signo de hinchazón, no de fecundidad.

¿Qué beneficio de entrenamiento y comprensión se puede obtener de cursos regionales? Al cabo de muchos años, no me siento cercano a una respuesta. Creo que impartimos un exceso de tales cursos, que pueden ser ofrecidos por razones indiferentes, y que demasiado a menudo contribuyen muy poco al aprendizaje o al desarrollo de habilidades. Cada vez más, la preocupación con las clasificaciones regionales y los límites regionales me deja frío. Descubro que me gustan más mis cursos sobre América Latina desde que renuncié a cualquier sistema de regiones geográficas.

¿Quién puede, o quiere, recordar en todo caso un montón de subdivisiones regionales? En nuestra propia operación, decidimos hace mucho que deberíamos ofrecer un curso regional únicamente si el instructor tenía una experiencia previa y relevante con tal área, y especialmente si estaba basado en estudios de campo continuos, tópicos antes que inclusivos en su contenido.

Un buen curso regional es en buena medida una creación individual que resulta de una prolongada aplicación, que involucra incomodidades y placeres, musculares, cutáneos y gástricos, y que ha sido cultivado con gran meditación. Requiere alguna habilidad e interés en la geografía física y en la comprensión de otras maneras de vivir, y del modo en que se formaron. Es necesaria una asociación realmente estrecha con otras culturas, que toma tiempo y tarda en ser adquirida.. Para mí, se trata de un estudio en geografía histórica. Tal curso podría, en efecto, abrir nuevas perspectivas al joven estudiante, y dejar un huella duradera en su educación. Un curso así, sin embargo, crece lentamente y no se construye sobre una organización curricular de aplicación general, simétrica o enciclopédica de la materia que aborda. Si es realmente instructivo, difícilmente puede ser reproducido o revisado por alguien más, ni servir de modelo para la construcción de cursos paralelos sobre otras regiones. Así, los

programas de estudio de áreas, tan promovidos y subsidiados en los últimos años, han dependido por necesidad de una organización pre – planificada, de una metodología unificada y de información derivada, antes que de la observación experimentada. Del mismo modo, tenemos un montón de cursos regionales que son conjuntos organizados de datos recolectados con gran industria a partir de fuentes de segunda mano. A escribe este libro que *B* utiliza como texto, y de este modo proliferan los cursos regionales.

Si podamos buena parte del trabajo regional que se extiende por nuestros planes de estudio, nos veremos también en la urgente necesidad de sacar a los cursos sobre tópicos específicos de las esquinas oscuras que hoy ocupan. Estos cursos tienen la ventaja de que son analíticos, y sus elementos pueden ser examinados en cualquier escala de inspección y mediante técnicas más o menos adecuadas. En la educación del estudiante y en su desarrollo de postgrado, la indagación tópica es asequible y gratificante.

Tengo dudas cada vez mayores sobre la utilidad de los estudios regionales para quienes se inician en la investigación. Mientras más tesis regionales veo, con sus descripciones y clasificaciones, y sus mapas de puntos – que son probablemente útiles, pero constituyen sobre todo recolecciones secundarias de hechos asumidos –, mayores deseos siento de que ese tiempo y esa energía hubieran sido invertidos en algún tópico que constituya un problema. ¿Qué tipo de problemas son planteados y resueltos así sea parcialmente en una tesis regional promedio? El geógrafo regional incipiente se encuentra en una triste desorientación respecto a lo que desearía describir, o se dedica a un agrupamiento rutinario de datos que reduce su trabajo a un desempeño pedestre. La comprensión regional comparativa *es* uno de los fines del conocimiento geográfico; no coincido en absoluto en que deba ser el único fin, respecto al cual los estudios tópicos son considerados meros ladrillos en el proceso de construcción. Me comprometería aun más, y diría que si la mayor parte de los jóvenes estudiantes se mantuvieran en la senda de los temas antes que en la de las regiones, nuestras contribuciones al conocimiento serían más abundantes, y de un orden superior.

Hubo un tiempo en el que la mayoría de los geógrafos en los Estados Unidos hacían estudios fisiográficos o geomorfológicos como materia de rutina. Aún lo hacen así en otras partes del mundo, como lo hemos visto aquí, en Canadá. Al abandonar esta práctica, hemos perdido en nuestra capacidad de comprensión. Todo tipo de geógrafo se beneficia del conocimiento acerca de las maneras en las que los procesos de desgaste, transporte y deposición van dando forma a cualquier parte de la faz de la tierra que estudia. Hemos abandonado también un fuerte incentivo – y quizás el más fácilmente disponible – para la observación de campo y para el entrenamiento del ojo en el reconocimiento de rasgos diagnósticos para la descripción explicativa. La morfología de las formas terrestres vincula la forma a los procesos; exige observación selectiva y juicio crítico sobre lo que ha ocurrido a la superficie bajo estudio. Yo no hubiera desechado lo que aprendí de Salisbury y Leverett y otros en el reconocimiento de formas terrestres de origen glacial, estableciendo múltiples hipótesis y llegando a una conclusión sobre el significado de la evidencia. Cuando abandonamos las formas de la tierra en nuestra actividad, perdemos un importante estímulo para ir a terreno, para ver y pensar, para plantear y resolver problemas. Reemplazamos una ciencia viva y cargada de promesas con esquemas pedestres de descripción, designados quizás incluso con el propósito de eludir la curiosidad. Y negamos al joven estudiante uno de los mejores medios, de amplia presencia además, para el entrenamiento de la mirada y de la mente en el desarrollo de la generalización. No es casual, así, que muchos de los que más han

contribuido a la geografía humana también hayan hecho, al menos en sus primeros años, contribuciones originales a la geografía física.

El campo de la biogeografía requiere más conocimiento de biología del que se nos puede exigir a la mayoría de nosotros. Sin embargo, es tan importante para nosotros – y tan inadecuadamente cultivado de casi cualquier punto de vista –, que debemos estimular el cruce de la geografía con la historia natural dondequiera que el estudiante sea competente. En particular, necesitamos saber mucho más acerca del impacto de las culturas humanas sobre la cobertura vegetal, de las del suelo y la superficie ocasionadas por el hombre, de su relación con la expansión o la contracción de especies individuales, del papel de los humanos en dispersión y la modificación de las plantas. Algunos de nosotros estamos encarando estos problemas, y muchos más deberían hacerlo. Una vez más, este consejo significa, por supuesto, que no veo nuestro futuro en retraernos dentro de límites que nos aparten de otras disciplinas. En particular, necesitamos más trabajadores que gusten de, y estén dispuestos a vivir en áreas fronterizas como las de la biología. Esto tampoco implica que intentemos arrebatarle territorio a otros. Sabemos que la distribución de las plantas y la intervención del hombre en el resto del mundo orgánico son temas relevantes de la geografía. Bruñes estableció esto de manera muy clara para todos. No podemos dejar de ocuparnos del hombre en tanto que dominante de importancia creciente en el mundo viviente, y por tanto necesitamos una mayor familiaridad con la historia natural, incluyendo sus modalidades de estudios de campo y la forma en que establece sus problemas. Homer Shantz es nuestro mejor ejemplo de contribución importante en esta perspectiva; lo que él ha aportado a los encuentros de esta Asociación en cuanto a aproximaciones específicas y sabiduría general será recordado durante largo tiempo. En Europa, la tradición es antigua y general. En Alemania, por ejemplo, la geografía ha sido enriquecida biogeográficamente desde los días de Humboldt, a través de Grandmann, Waibel, Troll, y hasta Wilhelmy. Estos, y otros, han sido mejores geógrafos – así se hayan dedicado a las formas de la tierra o a las culturas humanas – porque eran capaces de encontrar sentido en el *Standort*, o localización de información biótica. Waible, a quien tantos aquí recuerdan con afecto, transfirió el sentido de problema que desarrolló en biogeografía a la geografía económica y de la población.

Subyace a lo que intento decir la convicción de que la geografía es, en primer término, conocimiento obtenido a través de la observación, de que uno ordena mediante la reflexión y la reinspección las cosas que ha estado observando, y de que la comparación y la síntesis provienen de lo que uno ha experimentado a través de una mirada comprometida. En otras palabras, el entrenamiento más importante del geógrafo debería provenir, siempre que sea posible, del trabajo de campo. Lo importante aquí no es si obtiene práctica en técnicas de mapeo, sino si aprende a reconocer formas que expresen función y proceso, a ver problemas implícitos en extensiones de lugar y de área, a pensar en ocurrencias convergentes o divergentes. La clase de formas, sean de la tierra, de la vegetación o de la cultura, es opcional; lo importante es obtener esta capacidad de observación: de forma, posición y extensión, presencia y ausencia, función y derivación; en breve, a cultivar el sentido de la morfología.

La salida a terreno y la clase de campo no deben preocuparse de contar con una organización predeterminada de la observación, como la contenida en la leyenda sinóptica de un mapa. Aparecerán pistas en abundancia – físicas, orgánicas o culturales – en el curso de la actividad de caminar, ver, e intercambiar información. Una experiencia de campo exitosa bien puede resultar en un tópico diferente para cada uno de los participantes. Para algunos, este mira – lo – que – puedas – hallar resulta irritante y desordenado dado que uno no puede saber

de antemano todo lo que encontrará. Mientras más energía se invierta en registrar categorías predeterminadas, menos oportunidad habrá para la exploración. Me gusta imaginar a todo grupo de jóvenes en el campo como una empresa de descubrimiento, no como una patrulla de vigilancia.

Tales excursiones y cursos de campo son la mejor experiencia de aprendizaje. Los estudiantes y el guía se encuentran en un constante intercambio de preguntas y sugerencias que surgen de la escena siempre cambiante, involucrados en una forma peripatética de diálogo socrático sobre las cualidades de – y en – el paisaje. El modo de locomoción debe ser lento, mientras más lento mejor, y debe interrumpirse con por paradas de descanso en puntos ventajosos, y detenerse ante elementos de interrogación. Desplazarse a pie, dormir al aire libre, sentarse en torno al fuego en las noches, ver la tierra en todas sus estaciones, son maneras adecuadas para intensificar la experiencia, para transformar la impresión en una apreciación y un juicio de mayor alcance. No conozco ninguna receta de método: eviten todo aquello que incremente la rutina y la fatiga, y que disminuya el estado de alerta.

Una de nuestras más antiguas tradiciones es la de empezar por observar las escenas cercanas; también forma parte de la gran tradición que el viajero se desplace solitario a lugares extraños y distantes para convertirse en el observador participante de una tierra y una vida desconocidas. Los nuevos subsidios que han sido creados para enviar a jóvenes hacia confines de la Tierra distantes y poco conocidos en viajes de observación constituyen un interesante intento de poner a prueba la geografía norteamericana. Una de las mejores experiencias de la juventud consiste en ir a donde ninguna otra persona de su pueblo ha estado, para observar y aprender a encontrar sentido a lo que no ha sido conocido para ninguno de nosotros. El período de anidaje en el salón de clases, la mesa de dibujo y la biblioteca requiere de todo el estímulo que podamos ofrecer para desarrollar el poder del vuelo solitario a larga distancia.

El entrenamiento del geógrafo debería prestar atención, por último, a la historia del pensamiento geográfico, a las ideas que han estimulado y orientado la indagación geográfica, y a los climas del entorno intelectual dentro de los que ha vivido la geografía en diferentes lugares y épocas. Al igual que cualquier otro grupo, no podemos estar satisfechos con la literatura existente, o con lo que está disponible para nosotros en inglés. La complacencia con relación a nuestra propia lengua significa excluir una gran parte – probablemente la mayor parte – de lo que ha sido bien aprendido y bien meditado al respecto. ¿Puede alguien decir que prefiere permanecer en la ignorancia en su propia labor, por el esfuerzo que requiere descubrir lo que ha sido hecho en otros tiempos, o escrito en otra lengua? Un académico no se limita a lo que es más conveniente, y mucho menos a tan arbitraria reducción del conocimiento. Un Doctorado monolingüe es una contradicción de términos, que no ha sido inspirado por la historia de las ideas, de su persistencia, su alteración y su declinación, y que se condena a sí mismo a vivir en una pobreza innecesaria.

En general, he procurado no marcar el sendero con flechas de metodología. Sin embargo, vivimos en un tiempo en el que el método es buscado y ejercido por aquellos que se llaman a sí mismos científicos sociales. Aun nos mantenemos libres de todo compromiso, a pesar de que se nos advierte que nosotros también deberíamos atenemos a una metodología adecuadamente definida. Hay algo de estimulante en esto, pero tiende a formar hábitos con rapidez, y distrae al adicto del trabajo productivo, por lo que yo recomendaría que podemos aprender más del estudio de las ideas y problemas dominantes, en lo que hace a su aparición en el trabajo geográfico a partir de los objetivos y cambios de interés que se muestran en las vidas de aquellos que han hecho mayores contribuciones. Lo que opino acerca de lo que debe

ser la geografía ilustra tan solo mis propias preferencias. Lo que sea la geografía está determinado por aquello en que los geógrafos hayan trabajado en todo lugar y en todos los tiempos. El método implica medios; la opción depende de quien trabaja en su tarea particular; el crítico puede objetar la incompetencia, pero no el objetivo que el autor ha buscado. Preguntémosnos “¿qué es geografía?” buscando y apreciando todo lo que ha sido bien hecho, y desde una perspectiva innovadora.

### **Descripción para qué?**

Espero ser capaz de culminar esta presentación sin hacer ningún dictamen acerca de lo que es la geografía. Empezamos por seleccionar el tipo de cosas adecuado para ser objeto de descripción en nuestra indagatoria. En cada caso, el tema proporciona la pantalla para ubicar la información, y nos protege de los riesgos de una excesiva dispersión de nuestra atención. El estudio de área convencional puede ser una enciclopedia, pero no es una síntesis. ¿No nos encontramos acaso bajo una forma de falacia inductiva si acopiamos muchos datos acerca de muchos asuntos pensando que todo eso terminará por adquirir sentido de algún modo? Tal humildad es, según parece, una esperanza que el acopiador de datos difiere indebidamente hacia alguien más que, en algún momento del futuro, hará uso de las piezas de madera que han sido cortadas y almacenadas. No conozco ningún sistema general o inclusivo para el estudio regional que albergue la promesa de una verdadera taxonomía.

Actualmente existe entusiasmo por el mapeo de campo y sus técnicas. El geógrafo, se nos dice, debería ir al campo y mapear y mapear. Pero, ¿mapear qué, y con qué propósito? ¿No es esta otra forma posible del dilema? De manera tópica, en lo que hace a las formas de la tierra y las comunidades vegetales, el mapeo es posible y puede resultar gratificante, si es morfológico y no meramente morfográfico. Recientemente, hemos venido recibiendo un torrente de encuestas sobre uso del suelo, tanto rural como urbano. Habiendo sido uno de los responsables de haber dado inicio a esto (de manera dualista, si quieren, pero nunca “holística”), he terminado por dudar cada vez más de ellas como medio para el descubrimiento. Establecer el esquema podría ser un elegante ejercicio mental; llevarlo a cabo mediante el mapeo desemboca rápidamente en rendimientos decrecientes, salvo en lo que toca a revisarlo. La revisión del esquema invalida en alguna medida lo que ha sido previamente mapeado, y es por tanto objeto de resistencia en la medida en que retrasa la labor. El esquema tiende a convertirse en el amo del observador, deprimiendo y limitando sus observaciones a una rutina predeterminada. La rutina puede dar lugar a la euforia de los avances diarios, en la medida en que se llenan los espacios en blanco; mientras más energía se invierte en el registro, es menor la que se deja para la observación y la reflexión. No comprometan su temporada de campo a un impulso de mapeo a menos que sepan que así lo demanda un problema realmente existente. Rara vez se necesitan la precisión en la ubicación, en los límites y en el área, que tanto tiempo demandan; la mayor parte de nuestros propósitos puede lograrse con planos esquemáticos de situaciones típicas y cartogramas de escala reducida. El tiempo de campo es su tiempo más precioso – tanto, que sólo podrán valorarlo cuando los días del trabajo en campo hayan quedado en el pasado.

El esquema de “unidad de área” para el mapeo puede ser un medio útil de catalogación, como el sistema decimal de los bibliotecarios – aunque yo lo dudo -, pero en tanto que medio de investigación yo lo situaría por debajo de casi cualquier otro gasto de energía.

Estas dudas con respecto a los programas de mapeo y sus técnicas se apoyan en una creciente convicción en que no debemos esforzarnos en hacer geografía cuantitativa. La

cuantificación es la tendencia dominante en nuestras ciencias sociales, que están imitando a ciencias más exactas y experimentales. De momento, ocurre que esto está siendo fomentado por los gustos de aquellos que otorgan fondos para programas de largo plazo y para organizaciones institucionales. Pienso que debemos dejar la mayor parte de las enumeraciones a quienes hacen censos y otros cuya ocupación consista en ensamblar series numéricas. En mi opinión, estamos preocupados con procesos que en su gran mayoría no son recurrentes, y que implican lapsos de tiempo que van más allá de los plazos cortos disponibles para enumeración.

### **Más allá de la ciencia formal**

Más allá de todo lo que puede ser comunicado mediante instrucciones y puede ser dominado mediante técnicas, existe un dominio de percepción e interpretación individual: el arte de la geografía. La geografía regional realmente buena es un elegante arte representativo, y el arte creativo no está circunscrito por los moldes y los métodos. Nos sentimos avergonzados sin motivo por permitirnos aparecer en público sin la insignia correspondiente a nuestro casillero. Vidal de la Blache liberó a los geógrafos franceses de tales escrúpulos, y la geografía francesa se ha destacado por una representación regional vívida y plena de sentido. Es posible que tengamos más talento artístico latente de lo que imaginamos, pero no lo estimulamos, y resulta suprimido. Muchas son las cartas escritas desde el campo que dan vida al estudio y lo iluminan, sin que ninguna traza de ello llegue al informe final. ¿Por qué no puede un geógrafo que trabaja en las Grandes Praderas llevar al lector a sentir el horizonte, el cielo, el aire y la tierra como lo hizo Willard Johnson? ¿O como lo hicieron Shaler y Ellen Semple con respecto a Kentucky y sus habitantes? ¿Por qué hacer de nuestros estudios regionales cosas tan rígidas, que nadie podría leer por el conocimiento y el placer que ofrezcan?

La apreciación estética conduce a la especulación filosófica: ¿y por qué no? ¿No son cosa digna de considerar las composiciones de la naturaleza, las líneas de colores del terreno y de las capas de vegetación? ¡Hasta qué punto son inevitablemente correctas las escenas rurales en todo lugar en que las gentes sencillas han diseñado y establecido sus viviendas! Las estructuras del hombre expresan funciones en la adaptación al lugar, con el aspecto y la preferencia distintivos de cada cultura. Hay una estética del conjunto de formas, una morfología estética del paisaje, a menudo violada en los últimos tiempos por la civilización industrial. ¿No es acaso la armonía del paisaje un problema digno de reflexión?

No debemos decir que no nos corresponde cruzar el umbral de los juicios de valor. Estamos comprometidos en una importante medida con el estudio del comportamiento humano; es adecuado y razonable que nos preocupemos por la medida en que el hombre ha actuado para bien y para mal. En la medida en que estudiamos el uso de los recursos por los hombres, distinguimos entre la buena y la mala administración de los mismos, entre un uso económico y conservador, y uno despilfarrador y destructivo. Nos sentimos angustiados por el progresivo empobrecimiento de partes del planeta. No nos gustan la erosión del suelo, la devastación de los bosques, la contaminación de los cursos de agua. No nos gustan porque acarrear fealdad además de pobreza. Podemos amontonar estimaciones de pérdida de productividad, pero también pensamos que la mala conducta es más que un asunto de ganancia y de pérdida. Estamos conscientes de que lo que hacemos será determinar, para bien o para mal, la vida de los quienes vengan después de nosotros. Y por lo mismo los geógrafos, menos que nadie, no podemos dejar de pensar en el lugar del hombre en la naturaleza, acerca de la ecología en su conjunto. Las intervenciones y perturbaciones ocasionadas por el hombre en el mundo orgánico e inorgánico se han visto tan aceleradas que podríamos sentirnos tentados a

escapar del presente hacia un futuro en el que la tecnología tenga poder sobre toda materia, y ofrecer de este modo perdón y redención. Sin embargo, ¿podrá hacerlo? ¿Es ese nuestro destino inevitable; es ésa la clase de mundo que deseamos? El moralista vive al margen de las acotaciones del mercado, y sus pensamientos corresponden a otros valores.

No hay ningún error en la geografía académica del que no pueda hacerse cargo una fuerte generación venidera. Podemos tener la sucesión necesaria si la liberamos tanto como podamos, para que cada uno pueda hacer lo que más desee hacer. No nos corresponde establecer por definición aquello en que deban trabajar, o el método con el que deban hacerlo. La libertad académica siempre debe ser conquistada una y otra vez.

\*\*\*